

# Conocimiento relacional implícito: Su papel en el desarrollo y en el tratamiento psicoanalítico<sup>1</sup>

Karlen Lyons-Ruth

Desde hace tiempo ha existido un consenso respecto de que “algo más” que la interpretación se necesita en las terapias psicoanalíticas para producir cambio. La interpretación, en el sentido de hacer conscientes impulsos y fantasías reprimidas, en sí mismo puede no ser suficiente. De manera que, ¿cómo *producen* las terapias psicoanalíticas el cambio? El Grupo de Estudios del Cambio, que consiste de ocho autores de esta colección de artículos, comenzó a reunirse temprano en 1995 con el fin de considerar cómo desarrollar un lenguaje y un conjunto de constructos para empezar a elaborar el “algo más” que es necesario en los encuentros terapéuticos para catalizar el cambio. Este conjunto de artículos de simposio es la primera presentación de nuestro intento de juntar las fuerzas conjuntas de la investigación del desarrollo, la teoría de sistemas y la observación cercana del proceso clínico. Consideramos al marco conceptual presentado aquí como un trabajo en progreso, con necesidad de elaboración y revisiones adicionales. Lo presentamos aquí con la esperanza de estimular el diálogo necesitado en el campo para lograr una síntesis interdisciplinaria de investigación científica y teoría y observación clínicas. Elaboraciones posteriores están en progreso en un manuscrito de publicación futura (Stern, Sander, Nahum et al, en prensa).

Temprano en nuestras discusiones, nuestra atención se centró en la observación de que la mayoría de los pacientes recuerdan “momentos especiales” de auténtica conexión persona-a-persona con sus terapeutas, momentos que alteraron su relación con este y, con ello, su sentido de sí mismos. Creemos que estos momentos de encuentro intersubjetivo constituyen una parte clave del proceso de cambio. También encontramos que el papel de tales momentos en el cambio terapéutico puede ser entendido de la mejor manera en relación con conceptos que derivan de la investigación reciente de infantes y de las teorías actuales de sistemas.

En la medida en la que luchamos con el problema del cambio empleando los constructos tradicionales de la teoría psicoanalítica, se hizo claro que era necesario conceptualizar dos tipos de procesos representacionales por separado. Llamaremos al primer tipo de representación semántica, en cuanto recurre a la representación simbólica en el lenguaje. Denominaremos al segundo tipo representación procedural. Estamos recurriendo a distinciones realizadas por Kihlstrom y Cantor

---

<sup>1</sup> Artículo publicado originalmente con el título “Implicit relational knowing: Its role in development and psychoanalytic treatment” (1998) en *Infant Mental Health Journal*, 19 (3), 282-289. Traducción por Ps. André Sassenfeld J.

(1983) y otros psicólogos cognitivos, pero las estamos adaptando a nuestras propias necesidades. Las representaciones procedurales son representaciones basadas en reglas de cómo proceder, de cómo hacer cosas. Tales procedimientos pueden nunca ser codificados en términos simbólicos, como por ejemplo el conocimiento de cómo andar en bicicleta. Sin embargo, más importante que andar en bicicleta es para nosotros el dominio de saber cómo hacer cosas con otros. Gran parte de este tipo de conocimiento también es procedural, tal como saber como bromear, expresar afecto o conseguir atención en la infancia. Hemos llamado a este conocimiento procedural de cómo hacer cosas con otros “conocimiento relacional implícito”. Al utilizar este término, deseamos diferenciar el conocimiento relacional implícito de otras formas de conocimiento procedural y enfatizar que tales “conocimientos” son tanto afectivos e interactivos como cognitivos. Este conocimiento relacional implícito empieza a ser representado en alguna forma aún desconocida mucho antes de la disponibilidad del lenguaje y continúa operando implícitamente durante toda la vida. El conocimiento relacional implícito opera de modo típico fuera de la atención focalizada y fuera de la experiencia consciente, sin el beneficio de traducción al lenguaje. El lenguaje es usado al servicio de este conocimiento, pero el conocimiento relacional implícito que gobierna las interacciones íntimas no está basado en el lenguaje y no es traducido rutinariamente a forma semántica.

El reconocimiento de tal sistema representacional de base no-simbólica ha sido una contribución central de la investigación de infantes (p. ej., Ainsworth, Blehar, Waters & Wall, 1978; Beebe & Lachmann, 1994; Tronick, 1989). En nuestro pensamiento, el conocimiento relacional implícito engloba lo que ha sido llamado relaciones objetales internalizadas. El término más antiguo, relaciones objetales internalizadas, tiene connotaciones de llevar hacia dentro desde el exterior más que de co-construcción, y de llevar hacia dentro otra persona más que de representar un patrón regulatorio mutuamente construido (Tronick, 1989). El término más antiguo también está más identificado con la literatura sobre la vinculación patológica más que adaptativa y es empleado más a menudo para hacer referencia a relaciones pasadas y su activación en la transferencia más que a modelos representacionales más generales que están siendo constantemente accedidos y actualizados en los encuentros día-a-día.

En consecuencia, entendemos el “conocimiento relacional implícito” como constructo que lleva las “relaciones objetales internas” a una concepción más general de sistemas representacionales. En esta concepción, el conocimiento relacional implícito engloba conocimientos normales y patológicos e integra las dimensiones afectiva, de la fantasía, conductual y cognitiva. Las representaciones procedurales implícitas se volverán más articuladas, integradas, flexibles y complejas bajo condiciones favorables de desarrollo porque el conocimiento relacional implícito está siendo constantemente actualizado y “re-conocido” en la medida en la que es accedido en la interacción cotidiana [tal como ha sido articulado en el nivel de la selección de grupos neuronales por Edelman (1987)].

En un contexto terapéutico, algunas áreas pequeñas del conocimiento relacional implícito del paciente pueden convertirse en objeto de articulación verbal y/o interpretación transferencial. No obstante, las áreas que se vuelven conscientemente articuladas sólo serán una parte pequeña de la totalidad de los procedimientos implícitos de operación del paciente (y/ del terapeuta) en las relaciones. Aunque estos “conocimientos” a menudo no están representados en términos simbólicos, tampoco son necesariamente inconscientes en términos dinámicos en el sentido de ser excluidos de modo defensivo de la consciencia. El conocimiento relacional implícito, entonces, opera en gran medida fuera del ámbito de la consciencia verbal y del inconsciente dinámico. Sin embargo, aunque usamos el término en todos estos artículos, lo vemos como término de trabajo que necesitará revisión adicional [para una discusión más completa y basada en el desarrollo ver Lyons-Ruth (en prensa)].

Además del “conocimiento relacional implícito”, necesitamos dos otros constructos para hablar del cambio terapéutico que no está basado en la interpretación. El segundo constructo era aquel de la “relación real” (otro término que también debe ser visualizado como trabajo en progreso, ver Morgan, este volumen). El tercer constructo era la noción de “momentos de encuentro”.

Definiremos la relación real como el campo intersubjetivo constituido por la intersección del conocimiento relacional implícito de paciente y terapeuta. Este campo se extiende más allá del dominio de transferencia-contratransferencia incluyendo el compromiso personal auténtico y percepciones razonablemente exactos de la actual “forma de estar con” de cada una de las personas. Llamar a este campo intersubjetivo “relación real” también sirve para diferenciarla de los componentes psicoanalíticos de la relación, en los cuales representaciones semánticas son elaboradas por medio de interpretaciones verbales.

En contraste con puntos de vista más tradicionales, sentimos que la relación real *también es objeto* de cambio terapéutico a través de procesos que alteran el campo intersubjetivo de modo directo. En la teoría tradicional, la interpretación es visualizada como evento semántico que reordena la comprensión del paciente. Proponemos que un “momento de encuentro” es el evento *transaccional* que reordena el conocimiento relacional implícito del paciente mediante un reordenamiento del campo intersubjetivo entre paciente y terapeuta, a lo que Tronick (este volumen) se refiere como su estado diádico de consciencia.

¿Qué queremos decir con un momento de encuentro? Un “momento de encuentro” se produce cuando las metas duales de las acciones ajustadas de forma complementaria y el reconocimiento intersubjetivo se realizan repentinamente. Los momentos de encuentro son construidos en conjunto y los momentos de encuentro requieren la provisión de algo único de cada participante. Sander (1995) ha señalado que la característica esencial de estos momentos es que existe un reconocimiento específico de la realidad subjetiva del otro. Cada participante aprehende y ratifica una versión similar de “lo que está ocurriendo ahora, entre nosotros”.

Los momentos de encuentro catalizan el cambio en la interacción cuidador-infante como también en la psicoterapia. En el proceso de desarrollo infantil, el conocimiento relacional implícito del bebé engloba la estructuración recurrente de patrones de movimientos regulatorios mutuos entre el infante y el cuidador (Tronick, 1989 y este volumen). Estos movimientos regulatorios cambian para negociar una serie de desafíos adaptativos que emergen a lo largo de los primeros años de vida, tal como ha sido delineado por teóricos como Sander (1962) y Stern (1985). En el transcurso de esta regulación mutuamente construida en curso, el campo interactivo entre infante y cuidador se hace más complejo y bien articulado, dando lugar a posibilidades emergentes de nuevas formas de interacción. Por ejemplo, una vez que las expectativas recurrentes acerca de los movimientos de cada participante en un juego son establecidas, está preparado el escenario para que ambos participantes “jueguen con” esa forma por medio de la violación de las expectativas establecidas. Este sentido mutuo de la posibilidad emergente de nuevas formas de interacción que ocurre entre los dos participantes produce afectos elevados. Beebe y Lachmann (1994) han llamado nuestra atención sobre la importancia de los “momentos afectivos elevados” como uno de los tres principios destacados en el desarrollo temprano y en el tratamiento psicoanalítico. Elaboraríamos más este concepto al ligar el afecto elevado con un sentido de nuevas posibilidades emergentes en el campo interactivo. En el caso positivo, estas nuevas posibilidades interactivas crearían una regulación intersubjetiva más compleja y coherente porque integran nuevas capacidades evolutivas del infante o porque logran una adaptación más plena y satisfactoria a las capacidades actuales y los potenciales afectivos del infante.

La transición hacia un sistema regulatorio mutuo más inclusivo y, por ende, más coherente depende de un “momento de encuentro” entre cuidador y niño. Estos momentos de reconocimiento intersubjetivo cambiado ratifican un cambio en el rango de la regulación factible de lograrse entre dos participantes. Señalizan una apertura para la elaboración de iniciativas nuevas. Nuevas formas de experiencia compartida pueden ahora ser elaboradas en torno a formas previamente no reconocidas de agencia. El conocimiento relacional implícito de los dos participantes también se verá por necesidad alterado. No sólo se pone en acción un nuevo potencial, sino que también se representa como posibilidad futura. Tronick (este volumen) elaborará algo más la regulación más inclusiva y coherente inherente a un momento intersubjetivo de encuentro en su discusión de los estados diádicos expandidos de consciencia.

Estos conceptos pueden ser ilustrados en el dominio del desarrollo con la descripción de una breve observación de una madre joven con su bebé de 18 meses de edad. Tal como una extensa literatura sobre el apego demuestra, las estrategias del infante para negociar contacto tranquilizador con los cuidadores son construidas en una serie de negociaciones mutuamente reguladas con los padres y son una de las formas mejor documentadas de conocimiento relacional implícito manifestado durante los primeros dos años de vida (para una revisión, ver

Bretherton, 1988; Lyons-Ruth & Zeanah, 1993). Como parte de la evaluación estándar de Ainsworth de las estrategias del infante para acercarse al cuidador, madre y bebé fueron observados en una reunión después de un estrés suave de dos breves separaciones de 3 minutos en una sala de juego desconocida en el laboratorio. Tal como confirma evidencia reciente, los infantes están fisiológicamente activados durante estas breves separaciones, incluso en ausencia de aflicción obvia. Sin embargo, la fluidez del diálogo físico y afectivo entre madre e infante en tales momentos de estrés puede mitigar el inicio de respuestas de estrés de más largo plazo mediadas por el eje hipotalámico-pituitario-adrenal (Hertsgaard, Gunnar, Erickson & Nachmias, 1995; Spangler & Grossmann, 1993).

La madre y su hija de 18 meses de edad, a quien llamaré Tracy, habían estado recibiendo visitas terapéuticas a la casa durante 9 meses, tanto para ayudar a la madre a estabilizar su situación vital como para ayudarla a volverse más consistentemente disponible en términos emocionales para su infante. Durante este período de visitas domiciliarias, Tracy y su madre habían estado luchando para encontrar maneras de establecer contacto físico y emocional satisfactorio una con la otra. Esta lucha mutua por negociar momentos más satisfactorios de contacto también era obvia en la sesión de observación en el laboratorio. Como se verá a partir del relato que sigue, no obstante, esta sesión particular condujo a un cambio sutil entre ellas, a un momento de encuentro, que nos sorprendió a todos.

Después de llegar a la sala de juego del laboratorio, Tracy exploró los juguetes en la sala durante varios minutos mientras que su madre charlaba con la asistente femenina de investigación. Cuando su madre salió de la sala de juego la primera vez, Tracy no pareció visiblemente alterada. Siguió jugando con los juguetes e ignoró a la asistente de investigación. Sin embargo, cuando la asistente se paró para salir, Tracy rápidamente se alertó y miró la puerta. Cuando vio a su madre entrar, de inmediato quitó los ojos y se volvió. Su madre dijo "¡Hey!" y se paró frente a Tracy. Aún mirando a otro lado, Tracy dijo "¡Mamá!" con un tono complacido y a continuación se volvió hacia su madre y dio varios pasos tentativos hacia ella como en un afán de unirse a ella. Su madre dijo, "¿Qué estás haciendo?", pero no se acercó o arrodilló hacia Tracy. Tracy se acercó furtivamente a las piernas de su madre con una mirada vacía, pasó por el lado de su madre y empujó con fuerza para abrir la puerta y salir de la sala. Su madre por la fuerza quitó su mano de la puerta diciendo, "Ven acá, mira lo que tiene mamá". Tracy sacó su mano, se alejó de su madre y arrojó el juguete que estaba sosteniendo duro contra el piso. Entonces siguió dándole la espalda a su madre y empujando la puerta al tiempo que ignoraba las invitaciones de su madre a jugar. Por último, su madre la tiró del brazo y se permitió ser acercada al juguete que su madre estaba sujetando. Siguió ignorando el juguete y, en cambio, avanzó hacia el cuerpo de su madre con la cabeza hacia el otro lado y sin aparente propósito, entonces pasó de largo, donde se acuclilló brevemente al lado de su madre con la espalda hacia el otro lado. A continuación, se paró y volvió a la puerta. Finalmente, después de recorrer la sala sin meta durante varios segundos más, se sentó encarando a su madre y jugó con

el juguete entre ellas mientras su madre miraba y la alababa de manera cálida y apropiada.

En contraste con su conducta evitativa y conflictuada cuando su madre estaba presente, Tracy estaba bastante afligida cuando su madre volvió a salir y no podía ser tranquilizada por la asistente, la cual entró e intentó comprometerla. Cuando vislumbró a su madre en la puerta por segunda vez, exclamó “¡Mamá!” con un grito de deleite y empezó a correr hacia ella. Más que responder con similar deleite, la madre dijo “¡Hola! ¿Qué has estado haciendo?” En respuesta, Tracy comenzó a protestar fuertemente mientras corrió hacia su madre. Quizás debido a esta protesta por parte de Tracy, su madre estiró sus manos y se arrodilló mientras Tracy se acercó, repitiendo “¿Qué estás haciendo?” Tracy levantó sus brazos y su madre primero la cogió, pero entonces abrazó a Tracy por completo mientras Tracy se apretó contra su cuerpo. Sin embargo, después de un breve apretón, su madre la soltó, se alejó para mirarla y dijo, “¿Me echaste de menos?” Tracy se puso seria mientras su madre se alejó, entonces protestó de nuevo e intentó volver a los brazos de su madre. Su madre le dio otro apretón torpe, diciendo “Bueno, bueno, bueno”. A continuación la cogió, se movió hacia los juguetes y se arrodilló con Tracy sobre su rodilla, llevando su atención hacia un juguete en el piso. Tracy miró los juguetes impasiblemente durante un par de minutos, sentada de modo tieso en la rodilla de su madre. Entonces miró al vacío con una mirada aturrida, empezó a protestar, se bajó de la rodilla de su madre y volvió a pararse enfrentándola con sus brazos estirados. Su madre respondió abriendo sus propios brazos. Durante un largo minuto, se quedaron congeladas con los brazos abiertos, encarándose en silencio. Entonces, Tracy se rió con alivio y se dejó caer plenamente en los brazos de su madre, dejando que todo su cuerpo se relajara sobre el hombro de su madre. Su madre fue capaz de sonreír abierta y deleitadamente en respuesta y de sostener a su hija cerca, meciéndola y abrazándola. Su madre entonces reconoció y ratificó de manera específica este momento de encuentro murmurando “Lo sé, lo sé” a su hija al abrazarla y mecerla.

Desde nuestro punto de vista, madre e hija habían negociado una manera más ajustada e inclusiva de estar juntas y habían logrado en el momento final de encuentro las metas duales de las acciones complementarias ajustadas y el reconocimiento intersubjetivo específico –un momento de encuentro y un estado diádico de consciencia. Estudios recientes del metabolismo de cortisol y las conductas de apego confirman que el compartir emocional más pleno logrado por Tracy y su madre al final de la observación constituye un sistema regulatorio de ajuste más inclusivo en cuanto que la comunicación abierta y responsiva entre madre e infante está asociada a la secreción reducida de cortisol en relación con estresores leves (Hertsgaard et al., 1995; Spangler & Grossmann, 1993).

Argumentaríamos que tales momentos de encuentro cambian las expectativas relacionales implícitas de cada participante y que señalizan una apertura para la elaboración de iniciativas nuevas entre madre y niño. Tales momentos de encuentro crean el potencial para la elaboración de nuevas formas de

experiencia compartida y para un nuevo rango de regulación más mutua y responsiva entre ellos.

En resumen, estos momentos intersubjetivos de encuentro son experimentados y representados en el conocimiento relacional implícito del infante con su cuidador. También son experimentados en la interacción paciente-terapeuta, con cambios resultantes similares en el conocimiento relacional implícito del paciente. Estos “momentos de encuentro” entre paciente y terapeuta pueden o pueden no convertirse en objetos de interpretación. No obstante, estos momentos de encuentro abren el camino a la elaboración de una manera más compleja y coherente de estar juntos, con el cambio asociado en cómo las posibilidades relacionales son representadas en el conocimiento relacional implícito de cada participante.